P. PICA Y PECA

BAUTISMO DE

1
230818



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230818

47/43485

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

BAUTISMO DE AMOR

I

TULA

Era una de esas mañanas calurosas del mes de Junio como sólo se encuentran en los trópicos, y en la que el ambiente que se respira al alrededor, parece el de un horno encendido.

No se oía ni el grito de un pájaro, ni el roce de una hoja, ni el aleteo de un insecto al arrastrarse por el suelo.

Dijérase que la brisa, sin fuerza para mover sus alas refrigerantes y suaves, habíase dormido, lacia y perezosa, entre las lianas y cañas de azúcar.

Todo Guanabacoa era víctima del influjo deprimente de aquel sueño de plomo de la Naturaleza.

Tula, la hija de uno de los ricachos de la población, que desde muy temprano había sentido la muelle influencia de aquella enervante temperatura, tumbada boca arriba sobre su hamaca de seda, con los ojos clavados en el cielo, de

R-3189540

un azul implacable, entreabría, jadeante, sus labios ardorosos, rojos como la granada, para aspirar en el aire una frescura que no existía más que en su imaginación.

A su lado, Pancha, su negra favorita, dábala



A su lado Pancha, su negra favorita...

aire con un gran pay-pay, no logrando arrojar sobre el bello rostro de su ama más que las ardientes bocanadas de aquella atmósfera de llamas.

¡Qué bella era Tula!

¡Qué hechizos, qué seducciones reunía en todo su cuerpo, chiquito y delicado, aquella pálida virgen americana, en cuyos ojos, rasgados

y negros, brillaba toda la luz y todo el fuego de los trópicos!

El rostro, de un óvalo árabe, era de un moreno claro y mate; la bella nariz, de ventanas algo dilatadas, parecía haber sido hecha para aspirar los cálidos efluvios del amor; y los labios, carnosos, sensuales, de un rojo carmíneo, semejaban estar besando perpetuamente.

Todo revelaba en ella a la criatura de voluptuosidad y de pasión.

Tula era la hija única de un asturiano de temple muy duro y recio, que la adoraba con locura, y que no reconocía más ley que sus antojos y caprichos. Su cariño, que por lo apasionado tenía algo de morboso, habíase acrecentado aún más a la muerte de su mujer, a la que amaba locamente, y de la cual Tula era una viva imagen.

Poseedor de una fortuna colosal, que supo adquirir con su trabajo y perseverancia, no sólo era dueño de aquel ingenio de Guanabacoa, sino de otros muchos que tenía en el país y que le reportaban pingües ganancias. La cría de ganados, la recolección del tabaco y del café, la venta de mil maderas preciosas, que abundaban en sus extensas y magníficas propiedades, producíanle al año sumas fabulosas, que él iba a gastarse pródigamente en París, en la época brillante y bulliciosa de la *saison*.

Tula, que era aún muy niña, quedábase entonces al cuidado de una tía suya, con la cual no quería vivir su padre por ser una vieja es-

túpida, atrabiliaria, extravagante y refunfuñadora, teniéndola relegada en uno de sus ingenios, a unas cuantas leguas de allí.

En cuanto Tula se hizo mujer, don Lorenzo, que así se llamaba el asturiano, no había vuelto a ir a la capital de Francia, no resolviéndose a dejar sola a su hija ni a llevarla a aquel dorado y atrayente pandemonium de París, tan lleno de tentaciones y peligros.

Siendo Tula muy niña todavía, y en vida de su madre, don Lorenzo, que deseaba educar brillantemente a su hija, al revés de lo que habían hecho con él, pues sus padres eran unos pobres labradores de la montaña, la internó en uno de los pensionados más en boga de la Habana, el cual estaba dirigido por monjas Ursulinas.

Tula captóse en seguida el cariño y la simpatía de las monjas, que rivalizaban en colmarla de agasajos y atenciones.

Aquella criatura tan linda, tan graciosa, tan femenina en todo su ser, en todos sus gestos y movimientos, con aquella vocecita tan dulce, tan tierna y acariciadora, sabía meterse muy hábilmente en el corazón.

Además, devolvía con creces las muestras de cariño de que hacíasela objeto. Amaba intensamente. Sus arrebatos de afecto, por lo impetuosos y vehementes, tenían algo de perversidad felina.

Las buenas de las madres, veían aquello con secreto terror. Así no se podía amar en el mundo. Aquella niña tan graciosa y tan bella, iba a ser muy desdichada.

No sólo se convirtió Tula en la niña mimada de todas las monjas del aristocrático pensionado, sino que también todas sus condiscípulas se disputaban su cariño y su amistad.

Lo mismo que sus maestras, no sabían éstas dónde ponerla. Tributábanle una especie de culto. Y una sonrisa suya, una mirada, un gesto que revelaran mayor predilección por alguna de sus compañeras, promovía entre ellas terribles escenas de celos. El cariño que ella las profesaba, tenía algo de la pasión amorosa, y encendía en sus pechos infantiles llamas que son muy poco comunes en la amistad.

Tula inquietaba a las buenas madres más cada día.

¿Qué decían aquellos ojos soñadores, clavados ardientemente en el espacio; aquella boca entreabierta y anhelosa, que parecía querer aspirar de un golpe todas las palpitaciones de la vida?

¿Por qué sus mejillas encendíanse de súbito, sin motivo aparente?

¿Por qué sus ojos fulguraban con un brillo tan fosfórico y extraño?

¿Por qué sus manos quemaban al tocarlas?

¿Por qué su voz, de ordinario tan dulce y

melodiosa, tomaba de improviso modulaciones roncas y ásperas?

¿A qué obedecían aquellos caprichos repentinos, aquellas infundadas tristezas, aquellas extravagantes fantasías, que hacían de ella un ser anómalo y logogrífico?...

¡Ah! es que las monjas no sabían que Tula era una flor voluptuosa de pasión, que no esperaba más que el beso cálido del amor para entreabrir radiosamente todos sus pétalos.

II

SU VIDA EN EL COLEGIO

En la época a que nos referimos, Tula no tenía más que doce años, pero la gestación interna de algo desconocido, misterioso y perturbador, agitaba todo su ser.

Su carne joven, morena y pálida, que tenía la dureza del mármol y la exquisita delicadeza de la sensitiva, estremecíase, vibraba como las cuerdas del arpa al menor contacto.

Hálitos encendidos abrasábanla la piel.

Imágenes sensuales que no revestían aún una forma definida y concreta, cruzaban por su cerebro, llenándola de una íntima y secreta turbación.

De pronto, de lo más recóndito de su organismo, afluyeron a su piel extrañas sensaciones, que le producían como el dolor de una quemadura...

Y las extremidades de sus pechos pusiéronse rígidas y erectas, como los pistitos de una flor.

Y llegó la pubertad, tan precoz en los trópicos.

Fué como una explosión dolorosa y trágica; como el estallar de los botones en las ramas de

los árboles ; como el chorro impetuoso de un manantial, retenido largo tiempo en los profundos senos de la tierra.

Y entonces se hizo mucho más cariñosa, más expresiva, más amante con sus condiscípulas.

Los besos que las daba estallaban como cohetes y sus caricias tenían algo de mordeduras ; cuando las echaba los brazos al cuello, adheríase a él como la hiedra.

Y entonces, ellas, más sabias, más expertas en los misterios de la Naturaleza y de la vida, iniciáronla en los secretos y anormales placeres de los amores sáficos, que impregnan con su aroma voluptuoso los dormitorios de los colegios de señoritas.

Había en el pensionado una deliciosa morena de unos quince años, y pronto trabóse entre Tula y ella una íntima y profunda amistad, tan viva y ardiente, que todas sus otras compañeras quedaron relegadas al olvido...

Aquella muchacha no se parecía a las demás...

Sus caricias tenían un sello impetuoso y varonil que fascinaba a Tula...

Y hasta en lo más secreto de su organismo había diferencias esenciales.

Tula llegó a quererla con locura apasionada...

No podía pasar un momento sin estar junto a ella. Y en los forzosos instantes en que estaban la una separada de la otra, escribíala cartas fogosas y volcánicas, como sólo se escriben a un hombre.

Las rivales abandonadas empezaron a murmurar, a tender en torno de ellas una red de difamación y de escándalo.

Y la tempestad cerníase ya sobre sus cabezas, cuando por fortuna se presentó un día don Lorenzo, decidido a llevarse a su hija. Estaba ya harto de su soledad, y creía suficientemente educada a Tula.

Trágica fué la despedida de ésta y de su entrañable amiga. Más lágrimas vertieron los bellos ojos de Tula que gotas de agua hay en el mar. Y durante largo tiempo cruzáronse entre ambas cartas de un volcánico erotismo, y que, por fortuna, no cayeron nunca en manos del padre.

Y hacía ya un año que Tula estaba en su casa, ejerciendo de déspota adorable y absoluto.

III

EL NEGRO JOSÉ

A medida que avanza la mañana, el calor se hace más irresistible y bochornoso.

Los bellos ojos de Tula, velados por la copiosísima red de las sedosas y magníficas pestañas, entórnanse de cuando en cuando bajo el peso de un invencible sopor.

Imágenes lascivas y voluptuosas revolotean en torno suyo. Aquel ambiente de fragua, la caldea la sangre y enciende en ella apetitos amorosos mal dormidos.

Las ondas del aire tibio que agita alrededor de su cabeza la infatigable Pancha, al abanicarla con el gigantesco pay-pay, acababan por adormecerla, quedándose al fin profundamente dormida.

Pancha, entonces, se sonríe, con sonrisa beatífica y amorosa, dejando ver, por entre los labios carnosos y amoratados, la fila blanca y apretada de los deslumbradores dientes; dientes de loba joven, que parecen más blancos aun entre la piel negra y atezada; y echando a andar de puntillas, se retira discretamente hacia el interior de la casa.

Tula sigue durmiendo.
Duerme y sueña.

¿Qué sueña la pálida y ardiente virgen americana, bajo aquella atmósfera de fuego, teniendo por techumbre el cielo, de un azul intenso de añil, y las copas de las esbeltas y gráciles palmeras a cuyos troncos está sujeta su cómoda hamaca de seda?

Su respiración es fatigosa, el ritmo de su pecho acelerado y tumultuoso; en su boca parece que vibran frases y que tiemblan besos.

Sí; son sueños de amor los que la agitan y conmueven.

En su sueño, Tula siente que todo su cuerpo se consume y abrasa, como si circulara por sus venas fuego derretido.

Toda su carne, de una belleza maravillosa, estremécese como sacudida por una impetuosa ráfaga de deseo. Y de lo más hondo de su ser, del bello y fragante cáliz que guarda el néctar del amor, sube una ola de fuego que la inunda, le invade toda de pies a cabeza...

Tula abrió los ojos, fatigados por el delicioso deleite que acababa de experimentar.

Sentía un gran cansancio y un malestar inexplicable...

¿Iba a reducirse siempre aquello a lo mismo?...

De sus imaginados amores, salía tan insaciada, tan descontenta de sí misma, como de los brazos de sus compañeras de colegio...

¡Siempre el mismo descontento, siempre el propio ardor en sus entrañas!...

Cruzó los brazos en torno de la cabeza y se quedó contemplando fijamente el cielo, con la mirada errática y soñadora...

A poco, por entre el tupido ramaje percibióse un paso cauteloso y leve, como el del tigre cuando va en acecho de su presa, y una mano vigorosa entreabrió las ramas del vallado que por aquella parte cercaba el jardín.

Y apareció la figura de un negrazo formidable y atlético que, antes de avanzar un paso, miró cautelosamente a su alrededor.

Era José, uno de los numerosos criados de la casa, y cuyo próximo matrimonio con Pancha, apadrinaban Tula y su padre.

Cuando José se convenció de que en todo el jardín no había nadie más que Tula, avanzó despacio hasta donde ésta se hallaba, y, en actitud humilde, quedósela contemplando, con el éxtasis y adoración con que un rústico contempla a una imagen en un altar.

Sólo en sus ojos, en los que resaltaba vivamente el blanco de la córnea, lucía un fuego insólito.

Tula, al ver aquella enorme sombra que se

proyectaba sobre su hamaca, volvióse y, reconociendo al negro, se le quedó mirando tranquilamente.

—¿Qué quieres, José?—le preguntó a la vez, con su voz dulce y arrulladora.



...echó a correr con la ligereza de un gamo...

José, entonces, avanzó resueltamente, hasta quedar casi pegado a la hamaca.

Tula, la lánguida criolla, estaba más bella que nunca.

Bajo la ligera bata de muselina blanca que

la envolvía, adivinábanse todas las líneas de su cuerpo escultural.

Y las codiciosas miradas de José se posaron, con una llama de deseo, en sus senos redondos y turgentes, que dejaba entrever la gran abertura del escote, y en sus diminutos pies desnudos, calzados con babuchas de bambú.

—¿Qué quieres? — repitió la misma vocecita.

—Niña Tula—respondió el negro, con voz que temblaba de codicia y de deseo— ; hace ya mucho tiempo que la quiero decir que me parece mucho más hermosa que la Virgen.

Tula le miró intensamente, y de improviso la acometió una ansia furiosa e irresistible de sentir aquella piel negra y áspera contra la suya ; un deseo imperioso de entregarse a aquel hombre.

Le volvió a mirar con una mirada fascinadora y ardiente, y abrió los brazos, que dejaban ver, al través de la amplia manga, el negro vello de los sobacos, como para recibirle en ellos.

José precipitóse sobre su amita como un loco, y pegando sus labios abultados a los de ella, rojos y frescos, la dió un beso frenético, en el que rugían todas las salvajes ansias del desierto, y tomándola en brazos como si fuera una pluma, echó a correr con la ligereza de un gamo, y salió del ingenio con su preciosa carga, internándose en los espesos matorrales que bordeaban las orillas del río.

Pancha, que casualmente se asomó al vestíbulo de la casa, fué testigo de aquel inopinado rapto, y llevándose las manos a la cabeza, se metió en el interior, gritando desaforadamente :

—¡ Amo Lorenzo ! ¡ Amo Lorenzo ! ¡ Se llevan a niña Tula !... ¡ Se la lleva José, el pícaro José !

Don Lorenzo dió un salto de tigre, y en seguida se dispuso a salir en persecución del raptor, acompañado de numerosos criados.

IV

LOBO Y OVEJA

El ardiente sol de los trópicos acababa de llegar a su cenit, radiante y esplendoroso. Sus rayos verticales dejaban caer fuego en la campiña.

Todo dormía en la lujuriosa vega americana.

Sólo la planta firme y recia de José, al tronchar las hierbas del camino, en su acelerada marcha, turbaba aquel silencio imponente y grandioso.

Tula iba en sus fornidos brazos tan cómodamente como si se hallara en su hamaca.

Su boca, golosa de amor, sedienta de los besos y de las caricias del macho, estaba pegada a la de su raptor, que bebía en la suya, con hidrópica codicia, todas las dulzuras del deleite amoroso.

La respiración del negro era jadeante y trabajosa, pero no a causa de la fatiga, sino por efecto del deseo frenético que le mordía furiosamente las entrañas, dando a sus ojos el brillo de los del jaguar cuando acecha una presa.

Y Tula, felina, voluptuosa, apretábase contra él, adheríase a su cuerpo, cual si quisiera

sentir, en su erótica locura, su carne contra su carne y su piel contra su piel.

En aquellos instantes de suprema embriaguez, Tula no se acordaba ni de su honra, ni de su padre, ni de la enorme distancia que la separaba de aquel hombre.

Sólo ansiaba pertenecerle, sentir sus caricias, gozar de sus besos, ser mordida y magullada por él, a costa de todo, aun de su provia vida.

¿A dónde la llevaba José?

¿Por qué retardaba tanto el momento tan ardientemente esperado por ella?

Tula decíase esto con rabia, pues tenía ya una ansia loca, un deseo furioso de lo supremo, de lo definitivo.

También José se abrasaba, se moría de deseo, experimentando, al solo contacto de la amorosa virgen, deliciosas sensaciones que culebreaban bajo toda su piel; pero, así como el león del desierto busca en lo más escondido y misterioso de la selva un rincón agreste y seguro donde devorar su presa, él también buscaba un paraje oculto y propicio par aconsumar el dulce sacrificio del amor.

De pronto se detuvo, y apartando las ramas, entró en una especie de rústico pabellón, cercado por árboles centenarios y gigantescos, y tapizado de una verde alfombra de suave y mullido césped.

José depositó entonces la preciosa carga en el suelo.

Su deseo había llegado a un grado tan máximo de intensidad, que le producía la sensación de un intolerable dolor físico.

Tula, que sentía una ansia inmensa y desmesurada de la arremetida del varón, tendióse boca arriba sobre el césped, reclinando la bella cabeza sobre las cruzadas manos.

Sus ojos, húmedos de lujuria, devoraban con sabroso deleite el torso vigoroso y negro del gigante, que dejaba al descubierto la mal cerrada guayabera, y sus dientes blancos, de cuyos besos y mordeduras sentía una sed devoradora.

Luego, sus ojos fueron a posarse, ardientes y fascinadores, cargados de electricidad y magnetismo, en el lugar del sexo, donde en aquel momento concentrábanse todas sus ansias.

Y entonces, el deseo frenético, por tan largo espacio de tiempo retenido entre la virgen y el monstruo, estalló, volcánico y abrasador.

José, lanzando un grito gutural y ronco, con ímpetu de fiera, arrojóse sobre la hermosa, ya vencida de antemano, y con sus ásperas manazas, capaces de desgajar un árbol, rasgó, despedazó, hizo trizas la leve bata que encubría el divino cuerpo de Tula, apareciendo ésta en toda su gloriosa desnudez ante los estáticos ojos del negro...

V

BAUTISMO DE AMOR

El horrible monstruo quedóse deslumbrado.

¡Oh, la gloria divina de aquella carne tan blanca, tan suave!

Nunca, ni en sus ambiciones más altas, había soñado con tan suprema dicha.

Estaba como aterrado.

No se atrevía a tocarla, a profanarla con aquellas sus manos tan negras y tan bastas.

Tula impacientábase.

¿Qué le pasaba a José?

Todo su ser esperaba, vibrante, la fogosidad de sus caricias.

Y aquella virgen audaz y corrompida, le provocó y le incitó con sus halagos, que poseían la ciencia sutil de una cortesana, acariciando con los lirios de sus manos las partes más sensibles del cuerpo de José, que, al contacto de aquella piel de raso, estremecíase y se encabritaba como un potro impetuoso y salvaje que siente el estímulo del látigo.

Pasado el primer momento de estupor que le

produjo la contemplación de su carne desnuda, y enloquecido por las caricias de aquella virgen, incitante y lujuriosa, el gigante de ébano se arrojó sobre ella con el ímpetu de una montaña que se derrumba sobre una flor, y entre sollozos y rugidos, que arrancábanle la pasión y el deseo, la besó, la mordió, la estrujó, aspirando con deleite las emanaciones de aquel cuerpo palpitante que se le rendía.

Tula, en el paroxismo del deseo amoroso, entregábasele toda, entornando los ojos, abriendo las extremidades, devolviéndole frenética, delirante, arrulladora, caricia por caricia, beso por beso, mordisco por mordisco...

Y llegó el momento supremo, definitivo.

Los dos cuerpos enlazáronse como serpientes...

Sonaron estallidos de ardientes, de enloquecedores besos...

A Tula se le erizó el cabello en la nuca y un escalofrío delicioso culebreó a todo lo largo de su médula, al sentir que el varón penetraba en el sagrario de su sexo...

Loca, delirante, como si fueran a estallar todos sus nervios, sintiendo un volcán en su cerebro y lava derretida en sus venas, ciñó con abrazo furioso el cuello de José y buscó su boca, echándole en ella su aliento perfumado y tibio, que abrasó las entrañas del monstruo con oleadas de incendio...

José era fuerte y vigoroso...

En un supremo arranque, en que el cuerpo de

Tula pareció fundirse bajo el del negrazo, éste sintióse de pronto, como Adán, señor y dueño del paraíso...

A Tula le pareció que se desgarraban sus entrañas de virgen...

Había dejado de serlo.

Un grito penetrante resonó entonces en la selva.

Fué como la queja de un animal salvaje, herido de muerte.

Y Tula, que acababa de experimentar una sensación dulcísima y deliciosa, con los ojos en blanco, ornados de un surco amoratado, secas las fauces y trémulo y vibrante aun todo el cuerpo, derribó sobre el césped su cabeza bella y pálida.

Así estuvo unos instantes, en plena inconsciencia de todos sus sentidos...

VI

DESPERTAR

Después, empezando a sentir vagamente la reacción natural de su inconcebible extravío, quiso cubrir su cuerpo, como si por la vez primera sintiese el pudor de su desnudez.

Pero José no se lo permitió.

No se saciaba de admirar la belleza de aquella carne, de una blancura deslumbradora, y paseaba sus torpes y libidinosas miradas desde los turgentes senos hasta los menudos pies, de sonrosadas uñas de nácar.

Tula era muy bella, y su carne de blanca un manjar demasiado exquisito y apetitoso para que José no sintiera de nuevo inflamarse su sangre...

Y con súbito arranque, bajó de pronto su encrespada cabeza sobre los firmes y redondos senos, que, con resoplidos de fiera, dispúsose a besar frenéticamente...

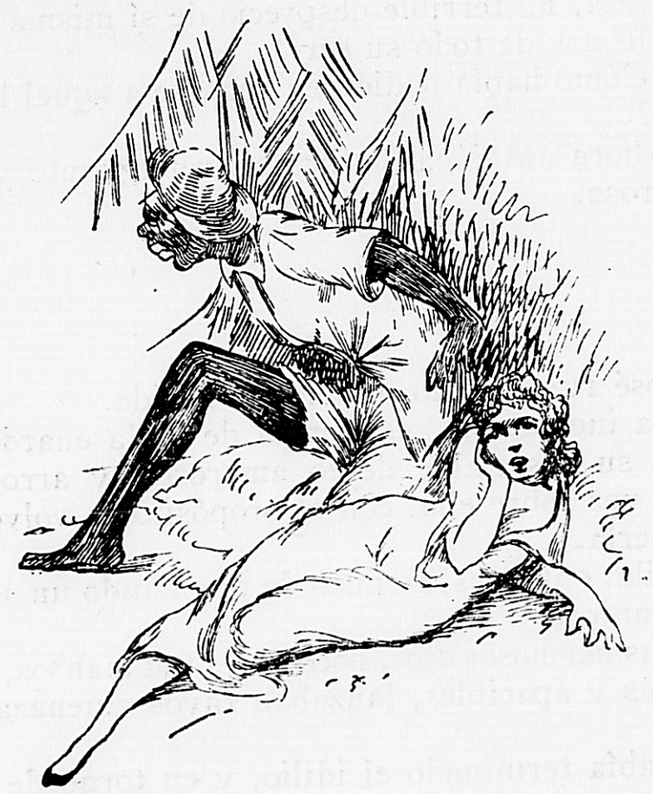
Pero Tula, saliendo de su lánguido sopor, rechazóle con violencia.

José se incorporó sorprendido.

Pero, no explicándose aún el repentino cam-

bio que se había operado en Tula, quiso insistir, yendo a besarla en la boca.

Entonces llegó hasta ella el olor acre y pene-



¿Cómo había podido entregarse a aquel hombre?

trante de la carne del negro, que tiene el hedor nauseabundo del grajo.

—¡ Quita, hombre !—le dijo, dándole un fuerte empujón—. ¿ No ves que me das asco ?

El monstruo irguióse, con un gesto de arrogante fiereza, ante el inesperado ultraje.

El ingenuo asombro, la ira que se reflejaba

en su rostro, le hacían aparecer más horroroso y repulsivo.

Tula, entonces, le miró detenidamente por la vez primera, y un gran desencanto, una infinita tristeza, un terrible desprecio de sí misma apoderáronse de todo su ser.

¿Cómo había podido entregarse a aquel hombre?

Ahora antojábasele brutal, repugnante y asqueroso.

José rugió como un jaguar herido.

La inesperada resistencia de Tula enardecía más su insaciable deseo amoroso; y arrojóse otra vez sobre ella, con el propósito de volver a poseerla.

Ella, entonces, se puso de pie, dando un salto de pantera.

Sus hermosos ojos, poco antes tan mansos, tan dulces y apacibles, lanzaban rayos amenazadores.

Había terminado el idilio, y en torno de los dos amantes cerníase la tragedia...

El monstruo cogió a Tula por la muñeca, clavando en su delicada carne su garfio de hierro.

Y ciñéndola por la cintura, intentó derribarla en el suelo.

Pero ella, con inaudita ligereza, con las fuerzas enormes que le daban la repugnancia y el asco, logró burlar su lúbrico abrazo, y con los ojos fulgurantes y temblándole los labios de desprecio y de odio, le escupió a la cara.

Esto acabó de enloquecer al coloso, que no

sabía a qué atribuir el cambio de Tula, y sacando un gran cuchillo, lo esgrimió, terrible y feroz, sobre la cabeza de su ama, gritando con voz ronca y salvaje:

—¡Si te me resistes, te mato!

El terror paralizó a Tula, abatiendo toda su fuerza, y el enfurecido negro, aprovechando aquel desmayo de su voluntad, arrojóla brutalmente al suelo...

VII

LAS CONSECUENCIAS

Por segunda vez iba a consumarse bajo el azul de los cielos aquella cópula monstruosa, cuando de pronto el negro se detuvo despavorido...

Algo insólito resonaba en el bosque, a lo lejos.

Y soltando su presa, aguzó ansiosamente el oído... No había duda; cada vez más cerca, resonaban voces y ruido de pasos.

Tula se incorporó, con el rostro radiante de júbilo...

¡Por fin iban a librarle de aquel monstruo!

Y poseída de la más viva ansiedad, no perdía ninguno de sus movimientos.

De pronto, una sonrisa feroz iluminó el semblante del negro que, apoderándose repentinamente de Tula, echó a correr, con ella en sus brazos, al través de la enmarañada espesura de la selva virgen.

Sonaron furiosos ladridos de perro...

Y una caza terrible y encarnizada comenzó en pos del fugitivo.

Los enemigos de José eran tan ligeros y tan expertos como él. Sentía muy cerca el resoplido ardiente de su odio.



...volviendo a coger a Tula en sus brazos...

Y como si esto fuera poco, Tula, agitándose en sus brazos como una serpiente, llena de ira y de rencor, de desesperación y de despecho, le mordía, le arañaba, le escupía, animando a sus

perseguidores con sus gritos de venganza y rebeldía.

De pronto, José, sin saber cómo, se halló cercado por sus enemigos.

La huída era imposible. Se detuvo entonces, y depositando a Tula en el suelo, esgrimió su cuchillo con ademán terrible y amenazador.

Pero su arrogancia era una insensatez.

Veinte rifles americanos asestaban sus cañones contra él.

Tula, al ver a su padre, gritó con voz estridente, en que vibraba un odio feroz :

—¡ Mátale, papá !

José sintió una terrible puñalada en el corazón ; pero, volviendo a coger a Tula en sus brazos y oprimiéndola contra sí, se les quedó contemplando, arrogante y sereno.

Don Lorenzo bufaba de coraje.

Indeciso, no sabía qué partido tomar.

Cualquier bala, disparada contra el infame raptor, podía herir el corazón de su hija.

—Mi amo, ¿quiere su merced que le mate? —dijo uno de los negros, que era un excelente tirador.

—Bien—repuso don Lorenzo— ; pero ten en cuenta que va en ello tu vida. Si yerras el blanco te mato yo a ti ahora mismo como a un perro.

El negro levantó el rifle tranquilamente a la altura de sus ojos y enfiló la puntería hacia José. Fueron aquellos unos cuantos instantes de una ansiedad terrible y dolorosa...

Don Lorenzo estaba más amarillo que la cera y un ligero temblor agitaba todo su cuerpo.

De pronto rasgó el aire una vibrante y seca detonación.

José levantó los brazos al aire y cayó al suelo de espaldas, como herido por un rayo.

La bala le había destrozado el cráneo...

Un chorro de roja sangre salpicó el rostro y el traje de Tula, que, lanzando un grito de espanto, huyó despavorida a refugiarse en los brazos de su padre.

Este la recibió en ellos amorosamente.

—¿Qué quiere su merced que hagamos con el cuerpo de José?—le preguntó a don Lorenzo un negro, que parecía ser el capataz de la cuadrilla.

—Que se quede insepulto—repuso don Lorenzo, lleno aun de fiero rencor—. No merece otra cosa. Ya se lo comerán los buitres.

Y la caravana emprendió el camino del ingenio.

El sol, que semejaba un enorme disco de fuego, estaba ya muy bajo en el horizonte y sentíase en torno esa augusta tristeza que precede en el campo a su desaparición.

Allí quedaba, abandonado y solo, a merced de las alimañas salvajes, el pobre negro que había pagado con su sangre y con su vida una hora de amor con una blanca.

Sus ojos vidriosos, levantados hacia el cielo, y la mueca de odio feroz estereotipada en sus labios, parecían demandar venganza contra sus asesinos ; pero éstos, ni le concedieron siquiera una mirada, al pasar por su lado.

Sólo Tula, la virgen loca que se había estremecido poco antes en sus brazos, de deleite y de amor, clavó en su cadáver los ojos con horror y con asco...

Y sin embargo, aun se estremecía, de cuando en cuando, todo su ser bajo el efecto de las frenéticas caricias del desventurado.

E. HERAS, EDITOR : CORTES, 498 : BARCELONA

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

Romancero de Amor.—Colección de romances de índole amorosa, anteriores al siglo XVIII, recogidos y ordenados por E. H. H.—Volumen I de la colección *Clásicos Selectos*.—Un tomo en 8.º de 232 páginas, esmeradamente impreso, encuadernado en tela con plancha y encerrado en magnífica cubierta tirada a tres tintas . . . **Ptas. 2'50**

Noches de placer.—Colección de doce novelas, por ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO, escritor que floreció en el siglo XVI.—Volumen II de la colección *Clásicos Selectos*, ... **Ptas. 2'50**

Diálogos picarescos *sobre la vida de las monjas, la vida de las casadas y la vida de las prostitutas,* por PEDRO ARETINO, escritor italiano que floreció en el siglo XVI.—Traducción de EUSEBIO HERAS.—Volumen III de la colección *Clásicos Selectos* . . . . . **Ptas. 2'50**

Aventuras del bachiller Trapaza, *quintaesencia de embusteros y maestro de embelecadores.*—Novela picaresca, por ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO.—Volumen IV de la colección *Clásicos Selectos*. . . . . **Ptas. 2'50**

El viaje entretenido. — Novela picaresca, por AGUSTÍN DE ROJAS. Reproducción completa de la edición de 1604. — Volumen V de la colección *Clásicos Selectos*. . . . . **Ptas. 2'50**

El dominio de sí mismo y de los demás por la autosugestión y el magnetismo personal.—*Breviario del éxito*, por W. J. SWINGLE y W. W. DOW.—Traducción de E. H. H.—Un tomo en 8.º, encuadernado en tela . . . . **Ptas. 5**

El magnetismo y el amor.—*Recursos infalibles para hacerse amar*, por W. J. SWINGLE.—Un tomo en 8.º . . . . . **Ptas. 2**

El tocador ideal.—*Formulario práctico de belleza y salud*, por la condesa O. DE TAVARAZZI.—Versión castellana de E. H. H.—Un tomo en 8.º, impreso en papel satinado. . . . . **Ptas. 2**
Encuadernado en tela . . . . . **» 3**

Lo que deben comer y beber los enfermos. *Guía práctico para la elección y administración de los alimentos y bebidas en las distintas enfermedades y su convalecencia.*—Regímenes alimenticios, precedidos de los síntomas de las afecciones, por el doctor J. WERNER.—Traducción, de la *10.ª edición alemana*, por E. H.—Un tomo en 8.º, en rústica . . . . . **Ptas. 2**

Mil y un medios de ganarse la vida. *Industrias lucrativas fáciles y económicas*, por E. H. H. 2.ª edición.—Un tomo en 8.º, de 160 páginas de nutridísimo texto, en rústica . . . **Ptas. 2'50**
Encuadernado en tela . . . . **» 3'50**

¿Quiere usted ser dependiente de comercio? *—Suma de datos indispensables a los que aspiran a ser buenos dependientes de comercio y útiles a sus jefes.*—Un tomo en 8.º. . . . . **Ptas. 1**

El cinematógrafo y sus accesorios. *Manual práctico de Cinematografía.*—Guía práctico del operador cinematográfico, el fabricante de películas, el propietario de cinematógrafos y el aficionado a las proyecciones cinematográficas, por W. BIGGS.—Versión castellana de la *15.ª edición alemana*.—Un tomo en 8.º de cerca 160 páginas, impreso en buen papel satinado, con numerosos grabados y encuadernado en tela . . . . **Ptas. 3**

Manual práctico del buscador de minas, con la manera de conocer los minerales por el aspecto, por RICARDO CASSANO, ingeniero. —Un tomo en 4.º, impreso en excelente papel satinado y encuadernado en tela . . . . **Ptas. 4**

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

EN PRENSA

El viejo y la niña

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona